



LA NORMATIVIZACIÓN DE LENGUAS NACIONALES *SIN Y CON* NACIÓN: EL CASO DE FRANCIA Y DE “ALEMANIA”*

THE NORMATIVIZATION OF NATIONAL LANGUAGES WITH AND WITHOUT A NATION: THE CASE OF FRANCE AND “GERMANY”

BERNHARD PÖLL
Universität Salzburg

Recibido: 23/10/2022 Aceptado: 22/11/2022

RESUMEN

El presente trabajo se propone arrojar luz sobre las diferencias más llamativas en cuanto a la normativización/codificación del alemán y del francés, relacionando las actividades codificadoras que se llevaron a cabo en los dos dominios lingüísticos con el desarrollo del concepto de *nación*. Mientras que la íntima asociación entre *lengua* y *nación* se realizó muy temprano en Francia, fue solo en el siglo XVIII cuando el concepto de *nación* recibió una fuerte carga simbólica en los “países alemanes”. Formando parte del Sacro Imperio Romano Germánico hasta 1806, los territorios de lengua alemana carecían de un marco político de tipo *estado-nación*. Si bien tanto en Francia como

* Este trabajo ha sido cofinanciado parcialmente por la Comunidad Autónoma de las Illes Balears, a través de la Direcció General de Política Universitària i Recerca, con el fondo de la Ley del impuesto sobre estancias turísticas ITS 2017-006 (PRD2018/03).

Quisiera expresar mi profundo agradecimiento a Rosa Calafat Vila por sus valiosos comentarios a una versión previa de este trabajo, así como a Agustín Cortí por su ayuda con la traducción de las citas de Herder.

en el Imperio Alemán (1871-1918), que reunió en su seno solo una parte de los territorios germanohablantes, la lengua aparece como la suma expresión de la nación, se nota que las contingencias históricas repercuten no solo en el diferente impacto de determinadas decisiones codificadoras sino también en el “imaginario lingüístico”, por ejemplo, en las creencias populares acerca de la forma ejemplar del respectivo idioma y de su anclaje.

Palabras clave: Alemania, codificación, Francia, nación-cultura, nación-estado, normativización.

ABSTRACT

This paper aims to shed light on the most striking differences as regards normativisation/codification of German and French and relates codification activities realized in the two linguistic communities to the development of the concept of nationhood. While the intimate association between *language* and *nation* was reached very early in France, in Germany, it was only in the 18th century that the concept of *nation* was endowed with strong symbolic values (“*Kulturnation*”). Being a part of the Holy Roman Empire until 1806, these territories formed an *imagined community* in search of a *nation-state* political framework in the 19th century. Although in both France and the German Empire (1871-1918), which included only part of the German-speaking territories, language appears as the utmost expression of the nation, historical contingencies had an effect not only on the different impact of certain codification decisions but also on linguistic attitudes and beliefs in the two speech communities, for example, regarding the best form of the respective language and its geographical *locus*.

Keywords: Codification, France, Germany, “*Kulturnation*”, nation-state, state nation.

INTRODUCCIÓN

En el siglo XIX, la situación de muchas lenguas europeas se caracteriza por el afianzamiento cada vez más marcado de la asociación entre *etnia/lengua y territorio* (o, en su caso, *estado*). Experimentando procesos semejantes, Francia, con su larga historia en la que dominaron sin excepción las tendencias centralistas, no tuvo necesidad, en este período, de participar en la radicalización nacional y lingüística que se pudo observar, por ejemplo, en algunas regiones de lenguas eslavas. De hecho, en Francia, los procesos que llevarían a la estrecha

unión espiritual entre la formación de un estado nacional y la lengua de este habían empezado a tejerse ya en tiempos mucho más remotos, convirtiendo la lengua en objeto de culto y suma expresión de la nación.

Esta situación dista en diversos aspectos de la que prevaleció en “Alemania”, término al que es menester poner comillas, dado que antes de 1866/71 no existió un estado que se pudiera apellidar así sin caer en el anacronismo. Sin embargo, como concepto que abarca la totalidad de los territorios en los que se habla alemán, está documentado ya en el siglo XVI (*Teutschland* ‘Alemania’, sustituyendo paulatinamente a *teutsche Lande* ‘países alemanes’; cf. Polenz 1998, 58; Busse 1994, 290) y cristalizó durante mucho tiempo la esperanza de formar un día un país en el sentido moderno.

Mientras que la historia de Francia, tanto en los tiempos del “Ancien Régime” como después de la Revolución de 1789, se presenta como una serie de procesos de integración cultural y lingüística de poblaciones geográfica y/o socioculturalmente periféricas, los numerosos “países alemanes” formaron parte, hasta su disolución en 1806, del Sacro Imperio Romano Germánico. Dentro de este marco político y administrativo, varios factores impidieron la formación de una entidad política que se solapara con los territorios germanoparlantes del Sacro Imperio. Fue solo después de su disolución y las guerras napoleónicas cuando el sueño de crear un imperio de lengua alemana empezó a tomar cuerpo.

Estas diferencias repercuten inevitablemente en los procesos de normativización lingüística y el “imaginario lingüístico” de los hablantes. Desde una perspectiva comparativa, se nota sobre todo un desfase, o sea, en Francia, las principales decisiones respecto a las normas lingüísticas se tomaron mucho más temprano que en los territorios de lengua alemana. Además, en uno de los sucesores (indirectos) del Sacro Imperio –el Imperio alemán, que surgió del Reino de Prusia–, la normativización se apoyaba en una ideología secular que vinculaba el concepto de *nación*, en el caso concreto el de la *nación alemana*, con una serie de rasgos y valores difusos, supuestamente compartidos por todos sus miembros. Este concepto de la *nación-cultura* no es privativo del Imperio alemán, pero reviste una importancia especial por oponerse al de *nación-estado* tal y como surgió en la Francia (pos-)revolucionaria. En efecto, este último concepto asienta su base en las ideas de la Ilustración y pone en el centro al *ciudadano* en tanto ser humano libre integrante de una colectividad que se rige por principios republicanos.

A continuación, vamos a describir primero –y en contraste con la situación de Francia– las especificidades de la relación entre *nación* y *lengua* en “Alemania” desde el siglo XVII hasta el siglo XIX para luego dedicarnos, desde una

perspectiva comparativa, a los intentos de codificación realizados para el alemán y el francés, y sus respectivos vínculos con la organización política de los dos dominios lingüísticos. La última parte del presente trabajo es la conclusión.

I. NACIÓN Y LENGUA EN LOS “PAÍSES ALEMANES” Y EN FRANCIA

No es posible entender la evolución del concepto de *nación* (en su relación con la lengua alemana) en las partes germanohablantes del Sacro Imperio Romano sin enfocarse en su organización política y las ideologías en que se apoyaba este territorio. Tres aspectos merecen particular atención (cf. Polenz 1998, 58ssq): 1. el ideal del Imperio con el latín, que desempeña el papel de lengua universal; 2. la existencia de un alto número de principados, condados, etc. autónomos, si no independientes, que fueron gobernados mayormente por potentados con poder absoluto (siglos XVII y XVIII) y en los que se debió concentrar el patriotismo regional y la lealtad de los súbditos; y 3. el auge del francés, que se convirtió en la lengua normal de la alta nobleza en aquel entonces e influyó de muchas maneras en el alemán del siglo XVIII, provocando al mismo tiempo movimientos de contestación patriótica.

Ante esta situación, el concepto de *nación* no pudo tomar una evolución semejante a la que se produjo en la Francia (pos-)revolucionaria. Por el contrario, la fuerte carga simbólica que recibió se vinculaba con valores difusos, mitos históricos¹ y antagonismos racistas, a la vez que se identificaba con la lengua, en la que se empezó a ver la característica principal de la nación.

Este ideologema, que consiste en igualar *nación* y *lengua*, lo debemos principalmente a la influyente obra del filósofo alemán Johann Gottfried Herder (1744-1803), cuyas reflexiones al respecto –dicho sea de paso– infiltraron también las ideologías lingüísticas de la Revolución francesa. Veamos algunas citas claves de diferentes trabajos suyos que ilustran perfectamente las ideas herderianas:

1 Piénsese en la idea de Hobsbawm, quien opina que lo propio de la formación de una nación es la “invention of tradition”, lo que se refiere a un “set of practices, normally governed by overtly or tacitly accepted rules and of a ritual or symbolic nature, which seek to inculcate certain values and norms of behaviour by repetition, which automatically implies continuity with the past. In fact, where possible, they normally attempt to establish continuity with a suitable historic past” (Hobsbawm 1983, 1). En el caso del alemán fue clave el descubrimiento de la obra *Germania* de Tácito en el siglo XV, que permitió establecer un vínculo entre las supuestas virtudes de la tribu de los germanos y las de los alemanes modernos, y distanciarse al mismo tiempo del mundo romance; cf. a este respecto, entre otros, Münkler 1989.

(1) “Jede Nation spricht also, nach dem sie denkt, und denkt, nach dem sie spricht.” (Herder 1768 [1877], 18)

Toda nación habla de la manera en que piensa y piensa de la manera en que habla.

(2) “Wer in derselben Sprache erzogen ward, wer sein Herz in sie schütten, seine Seele in ihr ausdrücken lernte, der gehört zum Volk dieser Sprache. [...] Mittelst der Sprache wird eine Nation erzogen und gebildet.” (Herder 1795 [1881], 287)

Los que se educaron en la misma lengua, los que aprendieron a volcar en la misma su corazón y a expresar su alma a través de ella pertenecen a la nación de esta lengua. [...] La nación se educa y se forma por medio de la lengua.

(3) “Wenn also jede ursprüngliche Sprache, die ein Landesgewächs ist, sich nach ihrem Himmels- und Erdstriche richtet: wenn jede Nationalsprache sich nach den Sitten und der Denkart ihres Volkes bildet: so muß umgekehrt die Literatur eines Landes, die ursprünglich und national ist, sich so nach der originalen Landessprache einer solchen Nation formen, daß eins mit dem andern zusammenrinnt.” (Herder 1768 [1877], 19)

Si, pues, toda lengua originaria, que florece de su suelo, toma el carácter de su cielo y su tierra: si toda lengua nacional se forma según las costumbres y el modo de pensar de su pueblo: así, a la inversa, la literatura de un país, en tanto que original y nacional, debe formarse según la lengua nacional original de su nación de tal manera que una se amalgame con la otra.

(4) “Wenn Sprache das Organ unsrer Seelenkräfte, das Mittel unsrer innersten Bildung und Erziehung ist: so können wir nicht anders als in der Sprache unseres Volkes und Landes gut erzogen werden; eine sogenannte Französische Erziehung, (wie man sie auch wirklich nannte) in Deutschland muß Deutsche Gemüther nothwendig mißbilden und irre führen.” (Herder 1797 [1883], 157)

Si la lengua es el órgano de las potencias del alma, el vehículo de nuestra más íntima cultura y educación, solo se nos puede educar bien en la lengua de nuestro pueblo y nación; la llamada educación francesa (en efecto, así se llamaba) en Alemania inevitablemente deformará y engañará al espíritu alemán.

Las ideas de Herder en cuanto a la íntima relación entre nación y lengua no solo brindaron el sustrato ideológico para los nacionalismos emergentes en el siglo XIX en el centro y este de Europa, sino que constituyeron en Alemania el punto de partida de una deriva que culminó en el afianzamiento del antagonismo

con Francia y un sentimiento de superioridad étnica cuyas consecuencias nefastas presenciamos en los años 30 y 40 del siglo pasado.

Los movimientos de contestación patriótica arriba mencionados que lucharon en el siglo XVIII contra el creciente afrancesamiento del alemán se enmarcaban bien en la ideología herderiana. Así, surge una lealtad lingüística hacia la lengua vernácula que a finales del siglo XVIII superaría definitivamente la preeminencia del francés como lengua de la alta nobleza y la del latín como lengua universal. El hecho de que esta revalorización de la lengua vernácula, este “patriotismo lingüístico”, se haya dado mucho más tarde que en otras comunidades lingüísticas, por ejemplo, en Italia o en Francia, se explica parcialmente por las connotaciones del alemán, que, debido a la labor de traducción de Lutero, se percibió como la lengua de la Reforma, frenando así durante algún tiempo la adopción de este idioma por autores católicos (cf. Münkler 1989, 77).

De todos modos, en la segunda mitad del siglo XVIII, el alemán contaba ya con una riquísima producción literaria y también con las primeras descripciones de su gramática y léxico: en 1748, Johann Christoph Gottsched (1700-1766) publica la *Grundlegung einer deutschen Sprachkunst (Fundamentos del arte de la lengua alemana)*, una descripción gramatical del alemán escrito de su época, y entre 1774 y 1786 sale en cinco volúmenes el *Versuch eines vollständigen grammatisch-kritisches Wörterbuch der Hochdeutschen Mundart (Esbozo de un diccionario completo crítico-gramático del dialecto alto-alemán)* de Johann Christoph Adelung (1732-1806), que describe el alemán clásico. Así, al hundirse el Sacro Imperio Romano, ya existía un modelo de lengua escrita relativamente homogéneo en lo que se refiere a las estructuras gramaticales. Esta lengua sirvió de vehículo para una prestigiada literatura y había conquistado casi todos los sectores comunicativos, incluso las ciencias. Lo que faltaba era una entidad política cuyo territorio se solapara con el dominio lingüístico. Mientras que otros países, por ejemplo, Inglaterra y Francia, habían logrado el principio “Una nación-una lengua”, en los territorios de lengua alemana estaba en gestación un proyecto que se podría titular: “Una lengua y, por consiguiente, una nación” (cf. Polenz 1999, 109s.).

Como se sabe, este proyecto no se realizó debido, sobre todo, al antagonismo entre Prusia y el Imperio Austro-Húngaro, que, si bien contaba con un alto porcentaje de germanoparlantes, no participó en el paulatino proceso de integración de los territorios de lengua alemana impulsado por Prusia. Se puede pensar que, de incluir el Imperio Austro-Húngaro en este proceso, el proyecto tampoco habría sido exitoso, ya que este último territorio abarcaba una multitud

de grupos étnicos, así que un Imperio alemán de tal corte no habría sido ni lingüística ni étnicamente homogéneo. El camino que se tomó fue diferente y se rotuló “kleindeutsch” (pequeño-alemán): tras la victoria del Reino de Prusia sobre el Segundo Imperio Francés en 1870/71, se fundó un Imperio (“Deutsches Reich”) del que quedó excluido un número sustancial de germanoparlantes, no solo los que vivían en el Imperio Austro-Húngaro.

Paradójicamente, y a pesar del fuerte antagonismo entre Francia y Alemania, este Imperio calcó superficialmente el concepto del estado-nación (apoyado en el de la nación-estado) tal como se ideó en la Francia (pos-)revolucionaria. Pero, en realidad, el Imperio alemán, que existió desde 1871 hasta 1918, se distinguía fundamentalmente de su modelo teórico ya que se trataba de un estado autoritario férreamente jerarquizado, en el que el papel de la burguesía se hizo cada vez más importante económicamente, sin que sus miembros fuesen verdaderos “ciudadanos”: sus libertades se limitaron al dominio privado, cultural y económico; la participación en el poder les estaba prácticamente vedada.

Fue en el tiempo de este Imperio cuando se realizaron trabajos de normativización de suma importancia para el alemán que vamos a abordar más adelante.

Volviendo ahora nuestra mirada a Francia, se nota que ya en el siglo XV, o sea después de la Guerra de los Cien Años, emerge una identidad nacional. En efecto, de conflicto dinástico, esta guerra pasó a ser un conflicto entre dos naciones en vías de gestación (cf. Münkler 1989, 80). Si, al principio, el sentimiento nacional se apoyaba en las instituciones de un reino que funcionaba bien, las instituciones fueron relegadas paulatinamente por la monarquía y la corte real. En un estado que no dejaba de ampliar su territorio y que disponía desde la segunda mitad del siglo XII, primero de hecho y luego de derecho, de una capital, la lengua vernácula del rey asumió especial importancia según el principio del *cuius regio, eius lingua*. Este principio se implementó definitivamente con la *Ordonnance de Villers-Cotterêts*, promulgada en 1539 por el entonces rey Francisco I. Esta Real Cédula es la culminación de un proceso que ya había comenzado en el siglo anterior y acabó por elevar el francés al rango de única lengua oficial. Así, las lenguas regionales fueron desvalorizadas, pero sobre todo el latín, que se veía privado de un importante dominio de empleo. Al mismo tiempo, floreció el género de los elogios a la lengua vernácula: varios autores del siglo XVI subrayaron en sus tratados las calidades del francés y/o se esforzaron por dar esplendor a su idioma. De entre ellos destacan Joachim du Bellay con su *Défense et illustration de la langue française* (1549) y Henri Estienne, que publicó en 1597 una obra titulada *De la précellence du langage français*, en la que el “enemigo” ya no fue el latín, sino el italiano.

Sin embargo, el latín siguió manteniéndose en varios sectores comunicativos, y el carácter casi emblemático de la publicación de una de las obras maestras de Descartes en francés (*Discours de la méthode*, 1637) no debe hacer olvidar que muchas obras filosóficas del siglo XVII se redactaron todavía en latín². El más importante baluarte de este idioma fueron las escuelas, donde dominó como materia y vehículo de conocimiento por lo menos hasta mediados del siglo XVII. Pero, en el XVIII, el latín entra claramente en declive (cf. Seguin 1999, 242), sobre todo con el espíritu enciclopedista a partir de mediados del siglo y la expulsión de los jesuitas en 1762 (cf. Berschin, Felixberger y Goebel 2008, 197).

El siglo XVII está marcado por el refuerzo del vínculo entre monarquía y lengua: en 1635 se fundó la Academia francesa, que sirvió de instrumento de la política cultural de la monarquía absoluta y recibió el mandato de limpiar y codificar el idioma (cf. Jurt 2014, 35-6) para que se pudieran tratar en francés las ciencias y las artes. Su primer director, Claude Favre de Vaugelas, estableció en sus *Remarques sur la langue françoise* (1647; *Observaciones sobre la lengua francesa*) una relación directa e inequívoca entre el buen uso del francés y la manera de hablar en la corte real de París, así como la manera de escribir de los buenos autores de su tiempo. Este concepto de norma sufrió un cambio sustancial en el siglo siguiente, ya que los criterios se invirtieron (cf. Wolf 1983): la manera de escribir de los buenos autores de los siglos XVII y XVIII pasó al primer plano y se convirtió en casi la única pauta de la corrección idiomática. Así, de inherentemente dinámico, este modelo pasó a ser estático, con pocos cambios, que afectaron solo al caudal literario, o sea, a las “autoridades”, incluyéndose más tarde también autores del siglo XIX. Este giro radical tuvo otras consecuencias importantes: por un lado, debido al papel central que se le atribuyó al lenguaje escrito literario y filosófico, se modificó también el estamento portador del modelo de lengua ejemplar, ganando importancia los doctos y literatos en detrimento de los miembros de la alta nobleza. Por otro lado, la norma de la lengua escrita se convirtió tácitamente en la norma de la hablada, en un proceso que se puede observar también en el dominio alemán. Volveremos a este fenómeno en la siguiente sección.

2 Sea como fuere, es evidente que la transición del latín a la lengua vernácula se hizo más temprano que en el dominio germanoparlante. Lo demuestra también el número de libros (y otros documentos) impresos en el último tercio del siglo XVI: en 1570, el 70 % de los libros impresos estaba en latín en los territorios de lengua alemana, mientras que en la misma época (1575) el número de documentos impresos en latín era del 45 % en Francia (cf. König 1978, 95 y Febvre y Martin 1958, citado en Berschin, Felixberger y Goebel 2008, 196).

Los protagonistas de la Revolución de 1789, lejos de rechazar este modelo de lengua sumamente elitista y arraigado en los tiempos del “Ancien Régime”, se propusieron unificar lingüísticamente el territorio francés para extirpar –junto con los dialectos– todos los elementos de una ideología feudal y antirrepublicana que hubieran persistido. Finalmente, la burguesía ascendente del siglo XIX adoptó también este modelo, que constituyó un valioso capital cultural para sus miembros, ya que la corrección idiomática, basada en el uso de los mejores autores, se convirtió en un valor de suma importancia. En aquella época, la indisoluble unión entre lengua y nación estaba completamente realizada desde hacía mucho tiempo. Es llamativo a este respecto el título de una gramática escolar muy usada en el siglo XIX, la *Grammaire nationale ou Grammaire de Voltaire, de Racine, de Fénelon, de J.-J. Rousseau, de Buffon, de Bernardin de St-Pierre, de Chateaubriand, de Lamartine, et de tous les écrivains les plus distingués de la France* (1835/36) de los hermanos Bescherelle. Aquí se establece una igualdad casi perfecta entre, por un lado, la nación y, por otro lado, los mejores autores y su lengua³.

Al proceso que llevó a una conexión tan estrecha entre la nación y la lengua contribuyeron también factores externos, en particular el auge del francés como lengua universal desde el siglo XVIII hasta la primera década del XX.

II. LA NORMATIVIZACIÓN EN FRANCIA Y EN ALEMANIA: CONTRASTES Y SEMEJANZAS

Con este telón de fondo histórico vamos a centrarnos en las actividades de normativización que se llevaron a cabo en Francia y en Alemania, dedicando especial atención a los contrastes y semejanzas que se pueden observar en los dos dominios lingüísticos. Se notará que las semejanzas, que son de detalle y no de conjunto, se esconden a veces detrás de contrastes patentes.

De entre los aspectos que merecen ser abordados desde una perspectiva comparativa *francés-alemán* destacan a mi modo de ver tres:

- El anclaje regional del modelo de lengua ejemplar: persistencia vs. cambio
- La (in)existencia de una institución normativizadora oficial

³ La idea en sí no es nueva; ya en 1734, al escribir que “les bons livres français [...] seroient un des plus glorieux monumens de la nation”, Voltaire se expresó en un sentido muy parecido en la 24 de sus “Lettres philosophiques” (citado en Seguin 1999, 256; la ortografía es la original).

- La fijación e imposición de normas ortoépicas

1. EL ANCLAJE REGIONAL DEL MODELO DE LENGUA EJEMPLAR: PERSISTENCIA VS. CAMBIO

Una de las diferencias más llamativas entre los dos dominios lingüísticos es la formidable persistencia del anclaje regional del modelo de lengua ejemplar en Francia (o mejor, en el mundo francófono), que contrasta notablemente con una serie de cambios que se han podido observar en la historia del alemán. Así, a la koiné literaria del antiguo alto alemán le suceden, a partir del siglo XIII (hasta finales del siglo XV), seis tradiciones escriturarias o variantes escritas con anclaje regional diferente que competían entre sí (cf. Mattheier 1981, 285-86). Dos de ellas revisten una importancia especial: el llamado *Gemeines Deutsch* (literalmente, alemán común), que corresponde a la lengua de la cancillería del emperador Maximiliano, y el alemán de Meissen. Este último, que debe su impacto al hecho de que fue la variante en la que Lutero tradujo la Biblia, desplazaría poco a poco no solo el *Gemeines Deutsch* sino también las demás variedades. En el sur del dominio, la adopción de este modelo de lengua escrita fue más tardía (siglo XVIII) por sus connotaciones problemáticas. En efecto, en las tierras católicas se percibió como un “dialecto de protestantes” (cf. Bach 1970, 260; Besch 1983, 980). En el norte, por el contrario, se adoptó muy rápido: entre aproximadamente 1550 y 1650, la Alemania septentrional remodeló por completo su lengua escrita sobre la base del alemán de Meissen, o sea el del centro-este. La adopción del alto alemán (del centro-este) en el dominio del bajo alemán (Alemania septentrional) iba a tener más tarde importantes consecuencias también para las normas ortoépicas (cf. sección 3), aunque durante mucho tiempo estos cambios no afectaron a la lengua hablada.

La situación de Francia difiere mucho de la que hemos visto en el dominio germanohablante. A partir del siglo XII, París puede considerarse la capital del reino ya que deviene el lugar de residencia permanente del monarca. En la segunda mitad del siglo XII y en el siglo XIII, testimonios de autores conocidos⁴ indican que el uso lingüístico de París y de su región gozaba de un prestigio

4 He aquí los tres ejemplos clásicos que se suelen citar en este contexto: el célebre trovador Conon de Béthune, originario de una región nortea (Artois), se quejó en 1180 de las críticas que le dirigieron el rey Felipe II y su madre por su léxico regional; Guernes de Pont-Sainte Maxence, que hacia 1175 escribió una biografía de Thomas Beckett, declaró que su lengua era buena porque nació en Francia (término que en aquel entonces se refería únicamente a París y su región), y Jean de Meung, el segundo autor del *Roman de la Rose* (ca. 1275-1280), se excusó por tener un lenguaje grosero y poco refinado, explicando que no nació en Francia.

enorme. Aunque la preeminencia de la *scripta* del centro, a la que los filólogos del siglo XIX dieron el nombre de *francien*, no se nota en los textos antes de finales del siglo XIII, queda claro que esta variedad formaría la base del francés (cf. Pöll 2020). La influencia que ejerció en los siglos siguientes sobre las tradiciones escriturarias en las diversas provincias del reino fue tan fuerte que a finales de la época del francés medio (*Moyen Français*, siglos XIV y XV), *francien* y *français* ya se habían confundido, dando lugar a una lengua escrita más o menos unitaria. Estos procesos apenas afectaron a la lengua hablada, ya que en muchos de los territorios que estaban bajo el dominio del rey de Francia solo una pequeña minoría tenía conocimientos de francés; la mayoría de los súbditos del rey hablaba en su vida cotidiana un dialecto o una lengua tipológicamente diferente del francés⁵. Como en el caso del alemán, la cuestión del estándar hablado y de la norma ortoépica todavía no se planteaba.

2. LA (IN)EXISTENCIA DE UNA INSTITUCIÓN NORMATIVIZADORA OFICIAL

El ejemplo de Inglaterra muestra claramente que la existencia de un estado-nación con un claro centro político, económico y cultural no es una condición *suficiente* para que se funde una institución normativizadora de tipo *Academia*. En efecto, numerosas fueron las voces que propusieron la creación de tal organismo regulador, pero ninguna de estas propuestas se realizó. Se supone que la labor de codificación que realizaron Samuel Johnson para el léxico (1755) y Robert Lowth para la gramática (1762) hizo que las iniciativas al respecto parecieran innecesarias (cf. Cable 1984, 91). Sin embargo, es muy probable que la existencia de un centro cultural sea una condición *necesaria*: los ejemplos de la *Accademia della Crusca* en Florencia, de la *Real Academia Española* y de su modelo, la *Academia francesa*, lo sugieren.

En los “países alemanes” esta condición necesaria no se cumplió; además, hay otros factores que obstaculizaron la creación de una academia (cf. Polenz 1999, 234-35), por ejemplo, la falta de interés de los estamentos superiores de la sociedad, debido al monopolio que ejercieron el francés y el latín hasta finales del siglo XVIII, y las orientaciones divergentes que persiguieron los promotores de proyectos de academias. Así, como en el caso del inglés, fueron gramáticos, lexicógrafos y otras personas doctas los que realizaron en el siglo XVIII y XIX

5 Con base en los resultados de la encuesta del Abbé Grégoire (1794), se supone que a finales del siglo XVIII el 25 % (como máximo) de los 25 millones de habitantes de Francia entendía el francés y que solo el 12 % hablaba un francés decente (cf. Walter 1988, 106-7). Esta situación no cambiaría a corto plazo.

los más importantes trabajos de estandarización del alemán. Ya hemos mencionado a Adelung y Gottsched, y habrá que mencionar a otro personaje importante en la siguiente sección.

Respecto al papel de la Academia francesa, hace falta añadir que a menudo se suele sobreestimar. Claro está que sigue gozando de cierto prestigio mítico en Francia, pero en la realidad el impacto de sus actividades es bien limitado, si lo comparamos, por ejemplo, con el que tiene la RAE sobre el español. De todos modos, su mera existencia es la prueba de que la lengua siempre ha sido “une affaire d’État” en Francia.

De las tres misiones concretas que se le encomendaron en su fundación, la Academia realizó solo dos, y con mucho retraso: en 1694 publicó la primera edición de su diccionario⁶ y fue solo en 1932 cuando salió su gramática; la retórica que se menciona en sus estatutos no se ha publicado. Por varias razones, ni la gramática académica ni el diccionario han logrado convertirse en obras que el hablante ordinario consulte en caso de dudas idiomáticas. Ya en el siglo XVII y XVIII, y aún más en el XIX, las deficiencias del diccionario académico fomentaron una lexicografía independiente, y hoy en día los diccionarios normativos del francés son el fruto de iniciativas no académicas y son publicados por editoriales comerciales (Le Robert, Larousse), sin ningún vínculo con la Academia, al igual que la gramática más influyente del francés moderno, que es obra de un filólogo belga y de su yerno (Grevisse 1936; Grevisse y Goosse 2016)⁷.

3. LA FIJACIÓN E IMPOSICIÓN DE NORMAS ORTOÉPICAS

Como se ha señalado en la sección III.1., la preeminencia de París y de su región nunca ha sido puesta en entredicho, así que tanto para la lengua escrita como para la hablada el uso de la capital constituyó la pauta de corrección lingüística. Respetar este modelo y seguir los (pocos) cambios en la pronunciación ejemplar del francés que se notan desde 1600⁸ era posible para los que estaban en contacto con las élites de la capital o de las grandes ciudades en las provincias

6 La última completa es de 1932-1935; partes de la 9ª edición, todavía incompleta, pueden consultarse en Internet (<https://www.academie-francaise.fr/le-dictionnaire/la-9e-edition>).

7 Para una visión panorámica de la lexicografía y gramaticografía normativas del francés, incluyendo la perspectiva diacrónica, véanse Große (2020) y Melchior (2020).

8 Por ejemplo, el aumento de prestigio de la pronunciación [wa] en palabras como *roi* ‘rey’ o *soit* ‘sea’ a principios del siglo XIX, la estigmatización de la pronunciación vibrante de la [r] o la sustitución progresiva del sonido palatal lateral [ʎ] (correspondiente a la grafía <ll>) por la fricativa palatal [j] en el siglo XIX.

del reino. Para la gran mayoría de la población, para la que el francés fue una lengua extranjera hasta bien entrado el siglo XIX, esta norma era irrelevante. La situación cambió en el siglo XIX, cuando cada vez más ciudadanos entraron en contacto con el francés, sobre todo en el último tercio del siglo con la obligatoriedad de la enseñanza primaria en lengua francesa. No sorprende, pues, que, a lo largo del siglo XIX, se publicaran numerosos manuales, gramáticas y tratados de pronunciación. Citemos a modo de ejemplo la *Correction raisonnée des fautes de langage et de prononciation qui se commettent au sein même de la bonne société dans la Provence et quelques autres provinces du midi* (1829) de Jean-Baptiste Reynier, el *Traité de prononciation ou Nouvelle prosodie française* (1836) de Sophie Dupuis y el *Dictionnaire de la prononciation de la langue française* (1851), publicado por Adrien Féline. El título de la primera de las tres obras mencionadas sugiere que la pronunciación en las regiones lejos de la capital debía de discrepar bastante del modelo central.

La situación de hoy se puede caracterizar por un amplio consenso respecto a la buena pronunciación del francés, con algunas cuestiones indecisas que se deben a la influencia de la lengua escrita sobre la pronunciación. De hecho, algunas pronunciaciones que formaban parte de la lengua ejemplar a principios del siglo XVIII se consideran hoy en día coloquiales, lo que no impide que se oigan incluso en situaciones muy formales (cf. Pöll 2018). Por cierto, al consenso susodicho se adhieren también en gran medida los hablantes –incluso los hablantes modelo– en los otros países (parcialmente) francófonos de Europa.

En cuanto al alemán, llama la atención que, a principios del siglo XIX, si bien existía un modelo de lengua escrita relativamente uniforme, una pronunciación ejemplar estaba todavía por definir. Se sabe que, hasta bien entrado el siglo XIX, la gente culta, incluso los grandes autores de la literatura clásica alemana como Goethe y Schiller, pronunciaban el alemán con los rasgos dialectales de su respectiva región de origen, y lo hacían con toda naturalidad. En general, esta situación no planteaba problemas, excepto en el escenario. El propio Goethe, cuando era director del teatro de Weimar, hizo algunas propuestas en sus *Regeln für Schauspieler* (1803, *Reglas para actores*) para lograr una mejor comprensión de lo dicho en el escenario (cf. Seifert 2020, 362), pero no se trataba de verdaderos intentos de codificación sistemática. Esta surge más de 90 años más tarde y la debemos a la labor de Theodor Siebs, profesor de filología alemana en la universidad de Breslau. Con su *Deutsche Bühnenaussprache* (1898, *La pronunciación del alemán en el escenario*) estableció un modelo de pronunciación altamente idealizado y poco natural que calcó las pronunciaciones de los actores en los grandes teatros del Imperio (cf. Polenz 1984, 37). Estas pronunciaciones, que eran norteñas, se apoyaban en la forma escrita, lo que se explica

en parte por las condiciones de adquisición del alto alemán moderno en las regiones septentrionales del dominio germanoparlante: al principio, esta variedad era una verdadera lengua extranjera para los hablantes de los dialectos bajo alemanes del norte. El ideal que se perseguía era por un lado la claridad de la dicción y por otro la ausencia de rasgos dialectales. Al igual que la codificación (y unificación) de la ortografía del alemán, que se realizó en la misma época, la de la pronunciación se enmarcaba claramente en un proyecto nacionalitario. Ambas constituían elementos federativos de la conciencia nacional, que, por cierto, se definió lingüísticamente también por el contraste con el enemigo del otro lado de los Vosgos⁹. Así, de las dos *erres* del alemán¹⁰, se favoreció la vibrante apical en detrimento de la uvular, que es semejante a la del francés...

En las regiones que no participaron en la unificación nacional del Imperio Alemán, por ejemplo, en la parte germanohablante del Imperio Austro-Húngaro, las élites socioculturales se mostraron reacias a aceptar este modelo. Si bien la pureza –en el sentido de ausencia de rasgos dialectales– era también un ideal, el *locus* de la buena pronunciación se veía en los centros culturales del propio territorio, por ejemplo, en Viena y entre la gente culta de ciudades como Ljubljana o Praga, donde una importante minoría germanohablante vivía en un entorno alógloto, estando así al abrigo de influencias dialectales (cf. Pöll 2023, *en prensa*).

CONCLUSIÓN

Hemos visto que los dos conceptos de nación –*nación-cultura* y *nación-estado*– desempeñan un papel importante tanto en la historia de Francia como en la de Alemania. Lo que distingue fundamentalmente los dos espacios lingüísticos son la pregnancia y el impacto de estos conceptos a nivel (socio-) lingüístico en diferentes fases de su historia, la coyuntura político-histórica en la que emergió el vínculo entre nación y lengua (o nación y distintos atributos culturales), así como el impacto que tuvieron las diversas decisiones normativas en función de las ideologías político-lingüísticas vinculadas a estos conceptos.

Tanto en la Alemania del siglo XIX como en Francia se vio en la propia lengua la suma y perfecta expresión de la nación. En Francia, el proceso que

9 En la Guerra Franco-Prusiana de 1870/71, Francia perdió Alsacia-Lorena, así que, desde 1871 hasta 1918, la cadena de los Vosgos coincidió en parte con la frontera política entre Francia (Tercera República) y Alemania (Imperio Alemán).

10 Se trata de variantes libres y no de dos fonemas.

llevó a esta visión empezó ya en la Edad Media, mientras que en los “países alemanes”, políticamente fraccionados dentro del Sacro Imperio Romano Germánico, la lengua recibió esta carga simbólica fuera del marco de la nación-estado tal como se ideó en la Revolución francesa y se realizó, por lo menos en parte, con la Tercera República Francesa (1870-1940).

Por haber un importante centro político, cultural y económico desde la Edad Media, en Francia se resolvió muy temprano la cuestión del anclaje regional de la forma ejemplar del idioma, por lo que todas las actividades subsecuentes de normativización y codificación son consistentes; así, desde la perspectiva actual, parecen estar inscritas en un plan a largo plazo. Pese a la existencia de una Academia desde 1635, mucha labor normativizadora fue realizada por personajes singulares, pero siempre en consonancia con unos ideales de corrección y pureza cuyos cambiantes fundamentos socioculturales nunca se han puesto en tela de juicio. Esta coherencia a través de los tiempos explica en parte el rigor del modelo normativo vigente y el hecho de que la casi-totalidad de los hablantes se haya sometido a él. También en los “países alemanes”, las más importantes obras normativizadoras se deben a gramáticos y lexicógrafos sin afiliación, pero el modelo regional concreto en que se apoya la forma escrita del alemán y su codificación no pudo emerger antes del siglo XVI por las razones que ya hemos mencionado.

En Alemania, el siglo XIX vio el auge del nacionalismo político, que iba de la mano con el nacionalismo lingüístico y se nutría de la idea de que todos los que comparten la lengua alemana debían formar un Estado. No se logró la unión de todos los territorios de lengua alemana, pero en 1871 surgió finalmente un imperio, que contaba con el más alto número de germanoparlantes: el Imperio alemán. Según el modelo teórico ideado en la Francia (pos-)revolucionaria, se creó la ficción de una nación-estado que fungió como el “hogar” tan deseado de la nación-cultura alemana. Las actividades codificadoras realizadas al final del siglo XIX –la unificación y fijación de la ortografía, y sobre todo la definición de una rígida norma ortoépica– se relacionan claramente con la voluntad de apoyar la identidad nacional dentro de este nuevo Imperio.

Respecto a las diferencias entre Francia y Alemania que se explican por el diferente papel del vínculo entre nación y lengua, la norma ortoépica forma parte de los aspectos más llamativos: en Francia y también en los otros territorios o países de lengua francesa fuera de Francia, la norma ortoépica, que se basa en la pronunciación de la gente culta de París, se convirtió en una referencia a cuya influencia ningún hablante nativo o extranjero puede escapar por completo. Gracias a la escuela, a los medios de comunicación, etc., dicha norma penetró en

todo el dominio lingüístico, quedando solo variantes de pronunciación y diferentes acentos regionales o nacionales. Así, aunque no todos han logrado adoptar este modelo, todos (o casi todos...) lo aceptan como legítimo y ejemplar, por lo menos en los territorios francófonos de Europa y en el África francófona.

Por el contrario, en el dominio alemán, la norma elitista y sectorial¹¹ que se propuso a finales del siglo XIX y que se apoya en los modos de articulación nortños no tuvo el mismo éxito. A pesar de un elevado número de modificaciones que se han venido introduciendo a lo largo del tiempo, este modelo queda limitado a muy pocos hablantes en muy pocas situaciones. Ni siquiera los locutores profesionales en situaciones muy formales lo adoptan de manera consistente. Esto es aún más evidente en el caso de hablantes que no vienen del norte de Alemania. Además, la gran mayoría de los hablantes del alemán, independientemente de dónde vengan, no tiene una idea clara del perfil de esta norma.

Para terminar, nos gustaría mencionar otro aspecto significativo en cuanto a las diferencias entre las dos comunidades lingüísticas que proceden de sus distintos marcos políticos e históricos. Tiene que ver con el imaginario lingüístico colectivo de los hablantes: los mitos sobre el lugar donde se maneja el respectivo idioma con la máxima perfección. En Francia, la forma ejemplar de la lengua se vincula, en las creencias populares, por un lado, con la capital y por el otro, míticamente, con la provincia de Touraine, que no está muy lejos de la "cuna de la monarquía"¹². El mito del mejor alemán, por el contrario, hunde sus raíces únicamente en el ideal de la pureza. Este se ubicaría para muchos hablantes en el norte de Alemania, en la ciudad de Hannover, debido a la (supuesta) ausencia de contactos con los dialectos o hablas rurales. Lo llamativo es que, a esta ciudad, que es una entre muchas ciudades alemanas de tamaño medio, no se le puede reconocer ningún papel destacado a nivel político, económico o cultural, al igual que a la capital de la actual Alemania (que fue también la del Imperio alemán).

11 Recuérdese que se basa en las maneras de pronunciar de los actores en los grandes teatros del Imperio alemán.

12 Cf. a este respecto la famosa cita del poeta romántico Alfred de Vigny, que escribió en 1863: "Leur langage [i.e. *el de los habitantes de la región de Touraine*, B.P.] est le plus pur français, sans lenteur, sans vitesse, sans accent; le berceau de la langue est là, près du berceau de la monarchie" (citado en Simon 2008, 52).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adelung, Johann Christoph. 1774-87. *Versuch eines vollständigen grammatisch-kritischen Wörterbuches der Hochdeutschen Mundart*, 5 vols. Leipzig: Breitkopf und Sohn.
- Bach, Adolf. 1970. *Geschichte der deutschen Sprache*. 9 edición. Heidelberg: Quelle & Meyer.
- Berschin, Walter, Josef Felixberger, y Hans Goebel. 2008. *Französische Sprachgeschichte*. 2ª edición aumentada y revisada. Hildesheim etc.: Olms.
- Besch, Werner. 1983. "Dialekt, Schreibdialekt, Schriftsprache, Standardsprache. Exemplarische Skizze ihrer historischen Ausprägung im Deutschen". En *Dialektologie. Ein Handbuch zur deutschen und allgemeinen Dialektforschung*, editado por Werner Besch, Ulrich Putschke, y Herbert Ernst Wiegand, 961-90. Berlin/New York: de Gruyter.
- Bescherelle, Henri-Honoré, y Louis-Nicolas Bescherelle. 1835/36. *Grammaire nationale ou Grammaire de Voltaire, de Racine, de Fénelon, de J.-J. Rousseau, de Buffon, de Bernardin de St-Pierre, de Chateaubriand, de Lamartine, et de tous les écrivains les plus distingués de la France*. Paris: Bourgeois-Maze.
- Busse, Dietrich. 1994. "Hailig Reich, Teusch Nacion, Tutsche Lande. Zur Geschichte kollektiver Selbstbezeichnungen in frühneuhochdeutschen Urkundentexten". En *Begriffsgeschichte und Diskursgeschichte. Methodenfragen und Forschungsergebnisse der historischen Semantik*, editado por Dietrich Busse, Fritz Hermanns, y Wolfgang Teubert, 268-98. Opladen: Westdeutscher Verlag.
- Cable, Thomas. 1984. "The Rise of Written Standard English". En *The Emergence of National Languages*, editado por Aldo Scaglione, 75-94. Ravenna: Longo.
- Dupuis, Sophie. 1836. *Traité de prononciation ou Nouvelle prosodie française*. Paris: Hachette.
- Febvre, Lucien, y Henri-Jean Martin. 1958. *L'apparition du livre*. Paris: Albin Michel.
- Féline, Adrien. 1851. *Dictionnaire de la prononciation de la langue française, indiquée au moyen des caractères phonétiques*. Paris: Firmin Didot frères.
- Gottsched, Johann Christoph. 1748. *Grundlegung einer Deutschen Sprachkunst, nach den Mustern der besten Schriftsteller des vorigen und jetzigen Jahrhunderts*. Leipzig: Breitkopf.
- Grevisse, Maurice. 1936. *Le bon usage: Cours de grammaire française et de langage français en concordance avec la 8^e édition du Dictionnaire de l'Académie française*. Gembloux: Duculot.
- Grevisse, Maurice, y André Goosse. 2016. *Le bon usage. Grevisse langue française*. 16 edición. Louvain-la-Neuve: De Boeck Supérieur.
- Große, Sybille. 2020. "French: Normative Grammars". En *Manual of Standardization in the Romance Languages*, editado por Franz Lebsanft, y Felix Tacke, 417-40. Berlin: de Gruyter.

- Herder, Johann Gottfried. 1768 (1877). “Ueber die neuere Deutsche Litteratur. Fragmente”. En *Johann Gottfried Herder. Gesammelte Werke, Vol. 2*, editado por Bernhard Suphan, 1-386. Hildesheim y New York: Olms.
- Herder, Johann Gottfried. 1795 (1881). “Briefe zu Beförderung der Humanität. Fünfte Sammlung”. En *Johann Gottfried Herder. Gesammelte Werke, Vol. 17*, editado por Bernhard Suphan, 261-338. Hildesheim y New York: Olms.
- Herder, Johann Gottfried. (1797 [1883]): Briefe zu Beförderung der Humanität. Neunte Sammlung. En *Johann Gottfried Herder. Gesammelte Werke, Vol. 18*, editado por Bernhard Suphan, 141-216. Hildesheim y New York: Olms.
- Hobsbawm, Eric. 1983. “Introduction: Inventing Traditions”. En *The Invention of Tradition*, editado por Eric Hobsbawm, y Terence Ranger, 1-14. Cambridge: CUP.
- Jurt, Joseph. 2014. *Sprache, Literatur und nationale Identität. Die Debatten über das Universelle und das Partikuläre in Frankreich und Deutschland*. Berlin: de Gruyter.
- König, Werner. 1978. *dtv-Atlas zur deutschen Sprache. Tafeln und Texte*. München: dtv.
- Mattheier, Klaus J. 1981. “Wege und Umwege zur neuhochdeutschen Schriftsprache”. *Zeitschrift für germanistische Linguistik* 9: 274-307.
- Melchior, Luca. 2020. “French: Normative Dictionaries”. En *Manual of Standardization in the Romance Languages*, editado por Franz Lebsanft, y Felix Tacke, 441-60. Berlin: de Gruyter.
- Münkler, Herfried. 1989. “Nation als politische Idee im frühneuzeitlichen Europa”. En *Nation und Literatur im Europa der Frühen Neuzeit. Akten des ersten Internationalen Osnabrücker Kongresses zur Kulturgeschichte der Frühen Neuzeit*, editado por Klaus Garber, 56-86. Tübingen: Niemeyer.
- Polenz, Peter von. 1984. “Sprachnormung und Ansätze zur Sprachreform im Deutschen”. En *Language Reform. Vol. III*, editado por István Fodor, y Claude Hagège, 23-52. Hamburg: Buske.
- Polenz, Peter von. 1998. “Zwischen ‘Staatsnation’ und ‘Kulturnation’. Deutsche Begriffsbesetzungen um 1800”. En *Sprache und bürgerliche Nation. Beiträge zur deutschen und europäischen Sprachgeschichte des 19. Jahrhunderts*, editado por Dieter Cherubim, Siegfried Grosse, y Klaus J. Mattheier, 55-70. Berlin: de Gruyter.
- Polenz, Peter von. 1999. *Deutsche Sprachgeschichte vom Spätmittelalter bis zur Gegenwart. Vol. III: 19. und 20. Jahrhundert*. Berlin/New York: de Gruyter.
- Pöll, Bernhard. 2018. “Le français standard parlé (à la télé): entre conformité à la norme traditionnelle, libertés pragmatolinguistiques et diversification des normes en francophonie”. En *Mündlicher Sprachgebrauch zwischen Normorientierung und pragmatischen Spielräumen*, editado por Georg Albert, y Sabine Diao-Klaeger, 65-83. Tübingen: Stauffenburg.

- Pöll, Bernhard. 2020. "French: Orthography and Orthoepy". En *Manual of Standardization in the Romance Languages*, editado por Franz Lebsanft, y Felix Tacke, 399-416. Berlin: de Gruyter.
- Pöll, Bernhard. 2023 *en prensa*. "De Hanovre à Bogotà en passant par Tours, Siène et Neuchâtel: à propos des mythes sur l'ancrage géographique de la forme exemplaire de certaines langues européennes". In *Alles inszeniert? Leben, Identität, Geschichte. Festschrift für Christopher F. Laferl*, editado por Agustín Corti, Markus Ebenhoch, Romina Palacios, y Oliver Zimmermann. Münster: Lit-Verlag.
- Reynier, Jean-Baptiste. 1829. *Correction raisonnée des fautes de langage et de prononciation qui se commettent au sein même de la bonne société dans la Provence et quelques autres provinces du midi*. Marseille: imprimé par l'auteur.
- Seguin, Jean-Pierre. 1999. "La langue française aux XVII^e et XVIII^e siècles". En *Nouvelle histoire de la langue française*, editado por Jacques Chaurand, 225-344. Paris: Seuil.
- Seifert, Jan. 2020. "Normierung der Aussprache (Orthoepie)". En *Handbuch Sprachkritik*, editado por Thomas Niehr, Jörg Kilian, y Jürgen Schiewe, 361-67. Berlin: Metzler.
- Siebs, Theodor. 1898. *Deutsche Bühnenaussprache: Ergebnisse der Beratungen zur ausgleichenden Regelung der deutschen Bühnenaussprache die vom 14. bis 16. April 1898 im Apollosaale des Königlichen Schauspielhauses zu Berlin stattgefunden haben*. Berlin y Köln.
- Simon, Jean-Pascal. 2008. "Le français de Touraine 'mérite'-t-il un dictionnaire?". En *Le français des dictionnaires. L'autre versant de la lexicographie française*, editado por Claudine Bavoux, 51-62. Bruxelles: de Boeck.
- Vaugelas, Claude Favre de. 1647 (2009). *Remarques sur la langue française*, edición crítica con una introducción y notas de Zygmunt Marzys. Genève: Droz.
- Walter, Henriette. 1988. *Le français dans tous les sens*. Paris: Laffont.
- Wolf, Lothar. 1983. "La normalisation du langage en France. De Malherbe à Grevisse". En *La norme linguistique*, editado por Édith Bédard, y Jacques Maurais, 105-137. Quebec y Paris: Gouvernement du Québec y Conseil de la langue française/Le Robert.

Bernhard Pöll

Departamento de Filología Románica
Universidad de Salzburgo
Erzabt-Klotz-Str. 1
5020 Salzburgo (Austria)
<https://orcid.org/0000-0002-3330-0654>

